

Introducción

Lynsey Hanley, 2009*

La cultura obrera en la sociedad de masas es uno de los pocos libros fundamentales sobre la sociedad británica que se han publicado en los últimos cincuenta años. Está entre los primeros libros que lee todo el que tiene un interés genuino por las clases sociales para tratar de comprender por qué esta nación igualitaria en apariencia, con un servicio de salud pública abierto y una educación subsidiada, favorece una rígida división entre clases sociales, que se transmite de generación en generación. Escritores, profesores y académicos citan todo el tiempo el libro, considerado como una fuente inagotable de consulta y un repositorio de la memoria de los hombres –y las mujeres– inteligentes del público general, para quienes ha sido escrito; personas que en él vieron reflejados sobre el papel por primera vez sus intereses y experiencias. Debería ser una reliquia: ningún lector que sea dos generaciones más joven que Hoggart debería sentirse identificado con las descripciones de cómo era crecer y vivir en un entorno de clase trabajadora en la década de 1930. Sin embargo, a pesar de las transformaciones sociales y económicas que han tenido lugar desde la publicación del libro en 1957, hay miles de lectores que siguen viendo escenas de su vida en los párrafos del texto.

Las condiciones materiales de la mayor parte de la clase trabajadora han mejorado notablemente entre los días de la infancia de Hoggart, en los años treinta, y los últimos años de la década de 1950, cuando, de acuerdo con Harold Macmillan, se podía decir que los británicos “nunca habían estado tan bien”. Pero mientras que esas condiciones han ido mejorando con el tiempo –mejores sueldos, menos horas de trabajo, bienes más accesibles–, la falta sistemática de equilibrio entre la forma en que los productores de cultura ven la cultura de la clase trabajadora (es basura, pero eso es lo que les gusta) y la forma en que la ven los consumidores

* Autora de *Estates: an Intimate History*, y colaboradora en diversas publicaciones, como *The Guardian*, *Daily Telegraph*, *New Statesman*, *Prospect* y *Times Literary Supplement*, entre otras. Investigadora en Lancaster University.

(es basura, pero es lo que nos ofrecen) no se ha modificado. Con gran visión de futuro, Hoggart habla de la depredación cultural que tendría lugar si se mantenían esas falsas divisiones, que se incrementarían en los años cincuenta con la accesibilidad de los medios de comunicación “masiva”. Dadas las mejoras en la educación, la salud y los ingresos de la mayoría a lo largo del siglo XX, hoy deberíamos estar más cerca que nunca de la “sociedad sin clases”, pero esto no es así; muchas cosas deberían haber cambiado y eso no ha ocurrido, y muchas de las razones de esta inercia aparecen mencionadas en este libro.

Esta obra describe con sensibilidad y precisión la vida de la clase trabajadora entre las décadas de 1930 y 1950 en los centros urbanos del norte de Inglaterra, en particular, Leeds, Hull y Sheffield, y otras ciudades similares que vieron crecer barriadas con hileras de casas adosadas construidas para alojar a los obreros con sus familias a mediados del siglo XIX. El texto es a la vez un ensayo personal y un estudio novelístico de personajes y de su entorno, un documento antropológico de gran valor y una convincente exposición de las heridas que recibió la sociedad debido a la negación colectiva a valorar a todos sus miembros de manera igualitaria. Ubica al hogar, con la sofocante chimenea y la asfixiante proximidad de los miembros de la familia, en el centro de la vida de la mayor parte de la clase trabajadora y destaca la importancia del elemento local y familiar en la formación de una visión del mundo que se opone a la idea marxista abstracta del obrero como agente de la historia y poco más, aparte de eso. De acuerdo con Hoggart, en cambio, “las personas de la clase trabajadora rara vez se interesan por las teorías o los movimientos”: si una idea no está ligada a lo real, “lo concreto y lo personal”, es muy difícil que sea atractiva para aquellos a los que se pretende motivar con esa idea. No se trata de un libro escrito para agrandar a la nueva izquierda de los años cincuenta ni a los activistas obreros que nunca habían visto a ningún obrero en su vida —al menos, al obrero medio, no comprometido políticamente, y no al obrero excepcional al estilo de Jude el Oscuro—. Si, aparte del trabajo, que definía el lugar de las personas de la clase trabajadora, su vida transcurría en —y para— la esfera doméstica, ¿cuándo iban a hacer la revolución?

Al ubicar el hogar en el centro del retrato, Hoggart desecha los supuestos de los elitistas culturales que preferían no considerar en sus textos y análisis otras formas artísticas que las que aparecían en Third Programme (hoy, Radio 3), porque pensaban que no eran lo suficientemente valiosas. Al estudiar la importancia de las postales pícaras, las meriendas sustanciosas, las cenas de pescado y papas fritas y las revistas

femeninas en el contexto de “la vida plena”, Hoggart dignificó ese mundo no expuesto sin ser condescendiente. Los modos en que la clase trabajadora creaba formas de vivir la vida eran “infantiles” y “aparatosos” en su inmediatez, pero por esa razón estaban lejos de la “corrupción” y las “pretensiones”. Junto a colegas como Raymond Williams y Edward (E. P.) Thompson, Hoggart contribuyó a establecer un foro académico para el estudio de la literatura y la sociedad atravesando los límites entre clases, un espacio en el que se formaron las bases de la disciplina que luego se denominó “estudios culturales”.

Además de mostrarse sensible, en su trabajo Hoggart muestra su enojo, su honestidad y su preocupación, que no llega a ser temor, por el poder de destrucción del cambio social vertiginoso. La época en la que se escribió este libro era un momento de transición entre la austeridad obligada del racionamiento de la posguerra y la jovialidad exultante de la abundancia de fines de la década de 1950. Hoggart veía el crecimiento del poder adquisitivo de las masas desde una doble perspectiva: como algo que liberaría a los desposeídos y que, no obstante, al mismo tiempo y de manera no tan visible en el corto plazo, podría quitarles lo que poseían. Vio dónde podían surgir nuevas divisiones de clase, basadas en nociones de gusto y receptividad a cierto tipo de estrategias osadas y simplificadas de los estudiosos del mercado, y no tanto en el mero poder económico; se dio cuenta de que, lejos de quedar desterrado, el esnobismo podía institucionalizarse por obra de productos culturales populares tales como revistas, diarios sensacionalistas, la radio y la televisión, que no tenían entre sus propósitos expandir las nuevas mentes alfabetizadas sino mantener los gustos existentes. La voz corporativa de los nuevos productores “sin clase” era más disonante debido a que el lugar de poder que ocupaban ellos como guardianes culturales los convertía, por definición, en una nueva clase dominante no aristocrática de posguerra. Aun así, él creía en la sensatez y la resistencia de la clase trabajadora, y en su capacidad de tomar lo que quisieran de lo nuevo que se les ofrecía, y rechazar lo que no les gustaba. En los años sesenta, el académico canadiense Marshall McLuhan apuntaba que el poder de los medios de comunicación radica en su forma y no en el contenido; la obra de Hoggart añade que esto asigna una mayor responsabilidad a los productores culturales en el ejercicio íntegro y honesto de ese poder.

En un principio, el libro iba a llevar por título “Los abusos de la cultura”, y aunque Hoggart se decidió por el título definitivo porque era “menos insolente”, en el contenido queda claro que el autor considera que “abuso” es el término adecuado para lo que describe. Hoggart se re-

serva los ataques más decididos para lo que él denomina el “publicista de masas”, una especie de “fábrica de hacer chorizos” publicitaria y editorial cuyo propósito es producir la sensación de que “toda la banda está aquí”, como un instructor de ojos saltones de las colonias de vacaciones Butlins, y al mismo tiempo ofrecer “tentaciones [...] [que] apuntan a la gratificación del yo y a lo que puede denominarse un ‘individualismo grupal hedonista’”. Cuanto más numeroso es el público que crea un publicista de masas para sus superficialidades sin personalidad, mayor es su ganancia. Hoggart vislumbró el surgimiento de una industrialización cultural en la que la clase trabajadora –que ya había sido despojada de gran parte de su herencia cultural junto con la material– está

en algún sentido más abierta que otros grupos a los peores efectos de los ataques de los comunicadores. [...] Encontrar el camino en semejante laberinto [de indulgencias] no es tarea sencilla, sobre todo porque los artífices del entretenimiento son propensos a ahuyentar el pensamiento subversivo de que afuera puede haber otros territorios, menos bulliciosos.

La cultura obrera en la sociedad de masas es una convincente refutación de la fuerza avasallante del posmodernismo o, para usar el término que prefiere Hoggart, el relativismo. El autor vio con mucha claridad lo que la “persuasión” de las personas “sinceras” podía ser en realidad en la cultura de los medios de comunicación de masas: un llamado fuerte, tenso y chillón para volvernos ciegos y sordos frente a la dificultad de la verdad.

Para Hoggart, los publicistas de masas de los años cincuenta –figuras que pretenden llegar al corazón del hombre-masa de Ortega y Gasset– son

más insistentes, más eficaces y [...] sus canales están más centralizados y son más integrales que antes; [...] se está creando una cultura de masas; [...] los resabios de lo que fue al menos en parte una cultura urbana “de la gente” están desapareciendo.

Esa cultura urbana adoptó la forma visible de los vínculos estrechos, aunque informales, entre vecinos, que se forjaban en los clubes de compras, almacenes de barrio, excursiones, bibliotecas públicas y, de manera más intangible, en un conjunto de principios compartidos acerca de lo que está “bien”, lo que es “natural” y lo que es “bueno” en la vida. De hecho, esos principios se volvían tangibles sólo cuando se los transgredía. A pe-

sar de la pobreza relativa generalizada, hacer dinero por el solo hecho de hacer dinero se consideraba una pérdida de tiempo, y ser “ambicioso”, en el trabajo o en el bingó, era un signo del deseo egoísta de romper filas y hacer sentir a los demás que eran inferiores. Al escribir como un individuo que, más que romper filas, las pasó por alto a lo largo de su vida, Hoggart advierte que la solidaridad puede dar lugar al conformismo, una característica que las publicaciones y los productos que se diseñan teniendo a las “masas” en mente explotan sin piedad.

Antes de abocarse a la escritura del libro, proceso que llevó a cabo entre 1952 y 1956, Hoggart había experimentado un ascenso social vertiginoso, desde su nacimiento en un barrio humilde de casas adosadas de Leeds y pasando, gracias a distintas becas, por la escuela secundaria y la universidad, hasta dedicarse a la actividad académica. Antes de 1952 enseñó literatura, principalmente a estudiantes de la clase trabajadora que asistían a clases vespertinas coordinadas por la Universidad de Hull en ciudades tan alejadas como Goole, en East Yorkshire, y Grimsby, en Lincolnshire. En *A Sort of Clowning*, el segundo volumen de su autobiografía, Hoggart revela que el proceso de escritura de *La cultura obrera en la sociedad de masas* fue lento y, por momentos, tortuoso: “Era un gran pájaro en un nido emocional que ya estaba lleno, y yo a veces odiaba su voracidad y que diera por sentado que había que alimentarlo a él primero”. Pero su compulsión interior coincidía con la fuerza del cambio exterior. Como sentía que su formación lo había liberado y a la vez lo había dejado a la deriva, sus ideas sobre la cultura de la clase trabajadora en pleno proceso de cambio no sólo despertaban su curiosidad, sino que eran relevantes para él en el plano personal. A Hoggart lo habían criado su madre, una viuda humilde que falleció cuando él tenía 8 años, y su abuela; por instinto, le satisfacía que la clase trabajadora se hubiera librado de las constantes “caídas” por debajo de la línea de pobreza: “Mi abuela y mi madre habrían tenido muchas menos preocupaciones en la vida si hubiesen sacado adelante a la familia a mediados del siglo XX”.

Así y todo, las preocupaciones tenían válvulas de escape por las que se expresaban el miedo y el hambre; una vida sin preocupaciones, si bien es más desahogada, a veces hace desestimar esas válvulas o simplemente ignorarlas. Lo que preocupaba a Hoggart eran las “invitaciones al mundo del algodón de azúcar” de los publicitarios y los productores de nuevas formas de entretenimiento “sin distinción de clases” –literatura comercial, revistas femeninas, música pop–, que a partir de la década de 1950 amenazaban con arrancar de raíz el entramado cultural tejido por la clase trabajadora a lo largo de décadas de vida dura en común y reem-

plazarlo por otra cosa. Hoggart era consciente de que la cultura de los barrios de casas adosadas como el que había conocido de chico estaba por desaparecer, y que en esos barrios se levantarían edificios totalmente distintos, con nuevas comodidades al alcance de la mano. El autor capta esa cultura en las actitudes, el habla (no sólo el acento, sino el efecto en la voz de cierto estilo de vida) y la vestimenta, a través de su compulsión a observar las consecuencias de los factores sociales externos en la vida de los individuos.

Para ser tan preciso en las observaciones, es necesario alejarse del sujeto de estudio, pero no tanto como para ser incapaz de ponerse en su lugar. Hoggart salió del barrio humilde de las afueras de Leeds donde se crió, gracias a una beca para seguir los estudios secundarios en Cockburn, un colegio de la ciudad. Recuerda cómo se sentía en el lúgubre tranvía de Hunslet a Leeds, vestido con su uniforme de colegio elegante, cuando la respetabilidad en Hunslet no llegaba a abarcar a esa clase de estudiantes. Vio lo que se estaba perdiendo en el mismo momento en que se perdía y mostró la forma en que se desarrollaba el proceso y las razones por las cuales se desarrollaba con tanta facilidad. La tan esperada culminación de las condiciones opresivas que soportaba la mayoría de los pobres en Gran Bretaña no trajo consigo una sociedad sin clases.

“Suele decirse que en la actualidad en Inglaterra no hay clase trabajadora, que hubo una ‘revolución sin derramamiento de sangre’”, comenta Hoggart al inicio del libro, antes de sumergirse en el relato de las formas, tanto conscientes como inconscientes, en las que la clase trabajadora podría tener más probabilidades que otros grupos sociales de reaccionar ante los nuevos incentivos con una mezcla de escepticismo, “indiferencia” y un exceso de confuso entusiasmo. El resultado podía ser que la clase se manifestara de otros modos, como de hecho ha ocurrido, en lugar de desaparecer. En parte, esto se debe a que los “publicistas de masas”, y en particular los productores de televisión, siguen siendo individuos que pertenecen a grupos privilegiados y que han estudiado en las universidades más prestigiosas, pero creen, y así se lo dicen a todo el mundo, que producen entretenimiento “sin distinción de clase”. Está también el hecho de que el esnobismo muta en manos de quienes están en mejor posición para cambiar a su antojo las reglas del “buen” y el “mal” gusto. “Con cada nueva década, nos apresuramos a decir que hemos enterrado las clases sociales”, escribió Hoggart años más tarde, en la introducción a *El camino de Wigan Pier*, de Orwell, y cada nueva década que lo abrimos comprobamos que “el féretro está vacío”. Nada ha cambiado.

Si bien con esto Hoggart puede parecer más moralista que interesado en evitar las injusticias, al escribir el libro notó que tenía la tendencia a juzgar los gustos culturales de la clase trabajadora según él mismo los aprobara o no: “Constantemente me descubría oponiéndome a una presión interna que me llevaba a valorar más lo antiguo que lo nuevo y a condenar lo nuevo más de lo que mis conocimientos me permitían justificar”. No obstante, sus temores –que no se presentan como tales sino como advertencias carentes de prejuicios de alguien cuya profesión le permitía estar en contacto permanente con estudiantes de clase trabajadora que buscaban “comprender y criticar” los cambios en su forma de vida en el momento en que estos ocurrían– estaban bien fundados. Uno podría retrucar que todas las generaciones temen que sus herederos pierdan los bienes culturales adquiridos con tanto esfuerzo. Lo que hace que *La cultura obrera en la sociedad de masas* sea un documento fundamental es el modo en que anticipa la connivencia entre un grupo dominante que es cómplice sin quererlo en lo institucional y una cínica industria del *marketing* masivo que está dispuesta a idiotizarnos a todos.

La persuasión de los argumentos de Hoggart y la facilidad con que se advierte su tono sutil y burlón radican en la combinación de títulos sugestivos y la división del ensayo en dos partes. La primera, “Un orden ‘más antiguo’”, es una presentación directa de los valores de la clase trabajadora tal como se los experimentaba –y en cierta medida todavía se los experimenta–, y sus capítulos llevan títulos tales como “‘Ellos’ y ‘nosotros’”, “El mundo ‘real’ de la gente” o “La vida plena”. “Otras personas pueden vivir una vida de ‘ganar y gastar’ o una ‘vida literaria’, o una ‘vida espiritual’ o una ‘vida equilibrada’, si es que existe algo así”, escribe Hoggart, sugiriendo que el equilibrio entre vida y trabajo ya era un tema recurrente hace cincuenta años en las conversaciones de las personas de clase media. “Si queremos capturar algo de la esencia de la vida de la clase trabajadora en una frase, debemos decir que es la ‘vida densa y concreta’, una vida cuyo acento está en lo íntimo, lo sensorial, el detalle y lo personal”. Es una de las pocas comparaciones directas entre los puntos focales de la vida de la clase media y la de la clase trabajadora; una de las características más estimulantes del libro es la marginalización deliberada de lo que es importante para los que tienen dinero, educación y poder. Lo que le importa a la clase trabajadora, asegura Hoggart, son las relaciones dentro del grupo y no tanto entre los que pertenecen al grupo y los de fuera. Para todos los de fuera –médicos, asistentes sociales, policías y quienes en general tienen el poder de demoler sentimientos con una mirada de desprecio– se emplea el término polivalente “ellos”.

Mientras escribía lo que luego sería la segunda parte del libro, titulada “Dar lugar a lo nuevo”, en la que se ocupa de los cambios en la cultura de la clase trabajadora a partir de la Segunda Guerra Mundial, Hoggart se dio cuenta de que debía enmarcar su desconfianza de los “publicistas de masas” y de su influencia en la vida de la clase trabajadora en el contexto histórico y social. Más tarde escribió que había empezado “con la idea de producir una especie de guía o manual sobre aspectos de la cultura popular: diarios, revistas, novelas románticas o violentas, canciones populares... pero en modos que no había imaginado cuando comencé a escribir”. Así, hizo suya una frase de W. H. Auden, el poeta sobre el que Hoggart había escrito su primer libro a principios de la década de 1950: “Para captar la idiosincrasia de una sociedad, al igual que para evaluar el carácter de un individuo, los documentos, las estadísticas y las mediciones ‘objetivas’ no pueden competir con la mirada intuitiva personal”.

Ninguna de las dos partes de *La cultura obrera en la sociedad de masas* ha dejado de impresionar tanto a quienes leen el libro por primera como por décima vez, en parte por la deliciosa franqueza del autor acerca de la experiencia de haber crecido en el seno de una clase social y haber pasado a otra. La sección “El alumno becado”, escribe Hoggart en *A Sort of Clowning*,

motivó a escribirme a más personas de todo tipo, incluidos empleados públicos y administrativos de distinta jerarquía —expresando sentimientos personales o una sensación de alivio (“¡Así que no soy el único que se sintió así!”)— que ninguna otra cosa que yo haya escrito.

Está asimismo el entorno social particular que describe, el de la clase trabajadora respetable, un grupo cuyos gustos amplios y presupuestos diversos quedan expuestos en el lujo que pueden permitirse: el salmón en lata. A veces, el lector siente que está leyendo a un Proust de la clase trabajadora, alguien que escribe con amor y respeto sobre su propia cultura formativa. En Hunslet, los domingos “a las seis de la tarde, en la pila de basura del fondo ya había una capa superior compuesta de latas vacías de salmón y fruta”, comenta Hoggart. El salmón y los duraznos de los años treinta se siguieron consumiendo en los ochenta e incluso después, aunque en mi casa a veces tocaba jamón.

Una característica propia del libro es el sentido del “respeto por uno mismo”, frase a la que Hoggart vuelve una y otra vez en la primera parte,

que se genera y mantiene dentro del sector menos precario y con menos necesidades de la clase trabajadora. Sin respeto por uno mismo, asegura Hoggart, uno está expuesto a la denigración y la explotación de quienes ven una oportunidad en la vulnerabilidad ajena. También menciona el “orgullo herido”, un aspecto de la tendencia de la clase trabajadora a referirse como “ellos” a cualquiera que no es como “nosotros”, pero también del grado razonable de satisfacción —o al menos de falta de rencor— que a un integrante de la clase trabajadora “respetable” le provoca su propia situación. Hoggart menciona, por ejemplo, la disposición de los hombres a recorrer varios kilómetros con una carretilla para llevar a su casa una vieja mesa o cualquier otro artículo que hubieran encontrado en la otra punta de la ciudad.

El lector no siente que el autor se proponga dar su propia versión de los hechos sino que quiere transmitir con claridad lo que ve. En una reseña se lo definía como “el John Ruskin de hoy” y, de hecho, él suele citar la famosa máxima de Ruskin: “Lo más grande que un alma humana puede hacer en este mundo es ver algo y decir lo que ha visto de un modo claro”. Su ensayo también se ajusta a la descripción de la buena prosa que hace Orwell: “es como el cristal de una ventana”. Hoggart aprendió de los mejores, pero se expresa con voz propia, como si cantara un himno. No es melodramático como Orwell, que no podría haber descrito la suciedad incrustada en las arrugas de un ama de casa de mediana edad sin dar la impresión de que esa visión le provocaba náuseas. No obstante, Hoggart no está menos seguro de lo que ve ni de su capacidad para expresar su importancia. Su obra es un ejemplo de lo que el crítico Lionel Trilling considera “la obligación moral de ser inteligente”.

Otra de las virtudes más vitales de Hoggart es su honestidad respecto del lugar central del placer sensual en la vida de la clase trabajadora: el sexo donde y cuando se puede, el fuego intenso en el hogar, la comida sabrosa. No trata de ocultar ni de disimular sus propias simpatías; en cambio, escribe con calidez de las necesidades cotidianas:

Los viejos dichos que se refieren a acontecimientos tales como nacimientos, bodas, relaciones sexuales, hijos o muertes son muy frecuentes. Sobre el sexo: “Nadie nota si falta una porción de una torta que no está entera” [...]; “Nadie mira la repisa de la chimenea cuando atiza el fuego”.

Así y todo, advierte: “Cada clase tiene sus propias formas de crueldad y sordidez; las de la clase trabajadora son a veces de una vulgaridad

tan degradante como innecesaria". La tendencia a tomar el sexo como algo "natural" es algo que Hoggart teme que pueda convertirse en un objeto que se vende envuelto "en envases atractivos" a la juventud de la clase trabajadora en busca de una liberación exenta del contrapeso de la responsabilidad. Una de las secciones más admiradas del libro es aquella en la que el autor imita la jerga de los títulos y los diálogos provocativos de la ficción pasatista estadounidense de baja calidad, que se le ocurrió cuando en la editorial Chatto le comentaron que, para el abogado, "el libro era el más peligroso, en términos jurídicos, que hubiera leído jamás". Las frases inventadas parecen tan reales que es difícil distinguirlas de los títulos verdaderos: "El asesino usaba nylon", "A las mujeres no les gustan las cadenas" o "Taxi de la muerte para una chica" se encuentran entre la lista de títulos desopilantes inventados por Hoggart. (El último, "*Death Cab for Cutie*" en el original, es también el nombre de una banda de rock estadounidense). El autor reconoce que la mayoría de los muchachos van detrás del sexo, pero advierte que sería simplificar demasiado las cosas proponer que la lectura de esa clase de literatura que combina el sexo y el crimen estimula la violencia entre los jóvenes; el punto principal es que esa caracterización bidimensional de personajes degradados sugiere "una desesperada huida eterna de la personalidad".

Los dichos y frases que a Hoggart le resultan familiares me recuerdan los que yo misma oía en las afueras de Birmingham, cincuenta años después de que él fuera niño: "No te olvidas la cabeza porque la tienes pegada" se le decía a un chico al que le costaba concentrarse; "Dar vueltas al monte Wrekin", en referencia a un viaje largo o a tratar de conseguir una paleta de cordero lo suficientemente grande para que alcance para todos en la comida del domingo; "Chaucito", por "Hasta luego". No sé si un chico de Birmingham hoy en día sabe qué es o dónde está el Wrekin. En la actualidad es común notar que las vocales largas y las oclusivas glotales del sudeste de Inglaterra se han filtrado en el habla de los jóvenes de todo el país; menos común es observar que lo que se dice ha perdido su sentido local, porque, como dice Hoggart, el cambio es lento, y nuestro ser consciente no va a la misma velocidad que el inconsciente. Así, uno se descubre pronunciando ciertas consonantes como los londinenses o usando el "como" típico de los californianos sin darse cuenta.

Tanto hoy como en la época de Hoggart, el vocabulario es un indicador claro de la clase a la que pertenece el hablante, incluso más, quizá, que el acento. Quienes no han tenido la oportunidad de aprender un

vocabulario amplio y diverso ya no usan los aforismos de sus abuelos, sino una jerga televisiva que toman de telenovelas, letras de canciones y frases huecas que leen en las tapas de las revistas. Uno es un “tesoro” para otra persona; alguien abandona a su pareja y le dice que “no hay otra persona” y que “necesita su espacio”. Las palabras se toman del estante como un producto barato en una tienda. Aun así, la lengua inglesa continúa siendo elástica y plástica, de modo que refleja las distintas circunstancias y absorbe las contribuciones de quienes tienen algo que aportar. Uno puede aprender más sobre las posibilidades del lenguaje de una conversación entre un grupo de jóvenes en un autobús en Londres que escuchando Radio 4 una semana entera.

Una de las secciones destacadas del libro es la descripción del estilo “montaña rusa” de los cantantes de mediados de siglo que actuaban en los clubes frecuentados por los hombres de la clase trabajadora. Hoggart disfruta tratando de imitar la forma en que esos intérpretes estiraban las vocales para expresar “la necesidad de destacar cada milímetro de sentimiento dentro del ritmo”:

Tú eres para mí la única mujeeer
ninguna otraaa comparte mis sueñooooos
[pausa, con trinos que toca el pianista antes de hacer un recorrido completo por el teclado]
Algunos diraaán...

Los cantantes de los clubes no han desaparecido del todo, pero su supervivencia en los términos en que los describe Hoggart depende de la supervivencia de los locales, que, como los *pubs* de barrio, están desapareciendo a una velocidad similar a la de la contracción de la industria británica. (Las bebidas alcohólicas nunca han estado tan baratas en los supermercados ni las heladeras domésticas han sido tan grandes.) Esto no quiere decir que el deseo de los cantantes de manifestar sentimientos en el plano rítmico no haya encontrado otro canal expresivo. En las fiestas familiares y los karaokes, que se celebran en salones y en las salas del primer piso de los *pubs* más grandes, suele haber alguna heredera de los cantantes de los antiguos clubes. Se trata de una mujer joven o de mediana edad, con un peinado y un maquillaje immaculados, que con una mano sostiene el micrófono como si fuese una taza de porcelana y con la otra acompaña las octavas como si quisiera sacarle sonido al aire. Ha aprendido esos movimientos —así como el estilo melismático con el que

prolonga las vocales a lo largo de una sucesión de notas— de cantantes melódicas norteamericanas como Mariah Carey, Whitney Houston o Céline Dion. La popularidad de sus épicas canciones de amores perdidos, rotos y recuperados se refleja en los programas televisivos de búsqueda de talentos como *The X Factor*, cuyos participantes se enfrentan semana a semana a un jurado que le pone nota a la supuesta originalidad en la forma de interpretar los temas.

Hoggart invertiría gran parte de su tiempo en hablar públicamente del papel de los medios en el contexto de la “cultura de masas”. En el año 2002 escribió un ensayo —con esa mezcla de hostilidad y elegancia en el razonamiento que lo caracteriza— en el que expresa su enfado ante el nombramiento del nuevo director de la BBC, Gavyn Davies, quien había declarado que la programación no bajaría el nivel ni se tendrían en cuenta nociones como las de “alta” y “baja” cultura en la producción de contenidos. La BBC acababa de lanzar dos canales digitales, uno de los cuales (BBC Four) pasaba documentales serios y programas sobre arte que anteriormente cubría BBC Two, mientras que el otro (BBC Three), dirigido a un público joven, ponía al aire programas de periodismo de investigación social y comedias burdas. “Caviar para los esnobs y basura para las masas”, dice Hoggart, y añade: “La calidad es o debería ser indivisible, y el mismo criterio tendría que aplicarse a todos los programas, fueran estos ‘serios’ o ‘pasatistas’”. Ese es, en esencia, el mensaje de Hoggart, y lo que motiva su enfado.

En el libro *A Class Act*, publicado unos años antes, en 1997, Andrew Adonis y Stephen Pollard dedicaron un capítulo al papel de la BBC en la continuidad de las “variedades de distinción social”, y yo creo que esas distinciones se han vuelto más pronunciadas en la última década. En la misma línea de los escritos de Hoggart, Adonis y Pollard afirman: “Ahora la BBC ya no levanta la voz: su misión es darle al público lo que quiere [...] para participar de la competencia comercial y proteger la base de su financiamiento: el impuesto que pagan los propietarios de televisores”. Pocos de los que miran, por ejemplo, un documental sobre persecuciones policiales o una de las populares y tremendamente insulsas comedias que BBC One pone al aire en horario central estarían dispuestos a celebrar el resultado de esa misión. BBC Four acapara lo mejor de los contenidos de la corporación, aunque a veces permite que BBC Two retransmita después algunos de sus programas; miles, y no millones, de personas los ven por primera vez, y aún menos televidentes se sienten con derecho a ver un canal tan “fino”.

No todos son, o quieren ser, finos. En el centro de *La cultura obrera en la sociedad de masas* se encuentra la voluntad de hacer hincapié en que no todas las personas de la clase trabajadora se suben a una escalera para trepar al piso siguiente; para Hoggart, lo más probable es que teman caer al piso inferior. La seguridad que proporciona un sueldo, aportado por el jefe de familia, da cobijo a toda una familia bajo su ala protectora. Un ama de casa a la que le sobra un chelín por semana siente que está “bastante contenta” con sus obligaciones y sus circunstancias, y también con el mundo en general. Del mismo modo, el tiempo ahorrado por no tener que justificar cada penique ni trabajar horas de más permite hacer planes, pero no para comprar una casa, como se les aconseja hoy a las “familias trabajadoras” que no se han subido al “tren de la casa propia”, sino quizá para costear los estudios secundarios de al menos uno de los hijos, o para que el “más inteligente” siga estudiando después de los 16 años. En la actualidad se promueve que los hijos de las familias con mayores ingresos dentro de la clase trabajadora vayan a la “facu”, aunque la onda expansiva de la educación superior tiende principalmente a absorber a los jóvenes de clase media que en el pasado habrían empezado a trabajar en la empresa del padre o como empleados administrativos en alguna oficina a los 16 o 18 años. El incremento en el ingreso a la universidad —a cualquier universidad, aunque más probablemente a un instituto terciario local que adquirió estatus universitario no hace mucho tiempo— de chicos de 18 años de los sectores más pobres de la sociedad es de alrededor de 1% por año.

¿Quiénes integran hoy en día la clase trabajadora? Entre los profesionales en relación de dependencia se ha puesto de moda decir que el término abarca a “todo el que trabaja para ganarse el sustento”, pero el concepto es erróneo. Las opciones y las oportunidades —y, con ellas, la salud y la longevidad— todavía aumentan de manera exponencial con el estatus social, motivo por el cual la sociedad británica continúa respondiendo a la división entre “nosotros” y “ellos”. Lo que “ellos” tienen a su disposición, y que a los demás se les niega, es una sensación de pertenecer al ámbito de lo nacional y lo público y, al mismo tiempo, a lo doméstico y lo local, de tener una voz que será escuchada, de ser capaces de dar explicaciones a alguien que les daría vuelta la cara si no se explicaran correctamente. Son “ellos”, los cultos, los que se asignan sus propias prerrogativas, quienes ejercen el derecho a crear y transmitir esa voz “sin clase” que para Hoggart era tan afectada. Prueba de su autoridad es que no tenga que definir su estatus: se sabe que ha luchado y que, en comparación, ya no tiene que preocuparse por dónde está parado.

Una oración, dicha casi al pasar, llama la atención del lector actual. “El vandalismo y el desorden público, por cuya causa los policías empezaron a patrullar en pareja en muchos barrios de distintas ciudades, prácticamente han desaparecido”, escribía Hoggart en 1957. En la actualidad, un viernes o un sábado a la noche los policías no recorren de a dos el centro de las ciudades sino que van de a muchos, en un vehículo escoltado por una ambulancia para atender a los heridos en peleas de borrachos, mientras grupos de “pastores callejeros” se acercan a los que no reaccionan de tanto que han tomado y les preguntan si beben porque están felices o porque son desgraciados. Agobiados por las presiones para las cuales una educación deficiente no los ha preparado, muchos hombres británicos y —ahora que tienen la libertad económica y social para hacerlo— también mujeres reaccionan liberándose de su yugo de manera violenta. Sale n dispuestos a “doparse”, “quedar dados vuelta”, “ponerse duros”, a llegar a situaciones de peligro debido a las drogas o al cruce con otros como ellos. Un sábado a la noche en las calles de cualquier ciudad, la gente no se divierte; está tan decidida a salir a romper todo que, si un marciano viniera a observarnos, pensaría que estamos en guerra.

Queda la sospecha, expresada hoy con la misma vehemencia que empleaba Hoggart hace décadas, de que la cultura de masas, producida por un pequeño grupo de personas y consumida por muchos, acaba con la diversidad. El capitalismo se ha apropiado de la idea de “diversidad” y se la devuelve a los individuos que viven y representan la cultura en lugar de construiría como una especie de bolsa de caramelos variados. La “diversidad” se ofrece como un componente estilístico y no como el verdadero indicador de “la vida plena”. Sin embargo, tal como asegura el novelista y biógrafo D. J. Taylor, “aún es posible vivir una parte sustancial de la vida más allá del ámbito idiotizante de la cultura de masas, una cultura cuyo principal mérito, podría decirse, es que nos roba el sentido de quiénes somos”. En su libro, Hoggart se propone decirle al lector que lo rico está dentro y no fuera de uno. Personas con gran poder de persuasión se proponen borrar lo que sabemos de nosotros para poder obtener beneficios de lo que aún no hemos explorado. No los dejemos hacer eso. Disfrutemos de las cosas más valiosas, si es que podemos llegar a ellas atravesando la marea de latas de ananá de 2 peniques, pero no nos olvidemos de nuestra capacidad de producir nuestra propia riqueza. Hoggart promueve la confianza en uno mismo no tanto en el plano económico como en el cultural y observa que no hay mucha ganancia neta cuando la llegada de nuevos bienes culturales anula los antiguos.

Cuando revela ese concepto es como si dijera: “Alguna vez hablamos el mismo idioma y ahora no es así, lo que implica que en cierta forma ya no podremos compartir nuestras ideas”. La pérdida reverbera a lo largo de la página. Él siente que pertenece por completo a ese mundo, que forma parte de la gente cuya cultura está estudiando, y considera sus características con la empatía de alguien que la conoce desde dentro. Pero hay algo que lo hace quedarse, no sin cierta angustia, suspendido en los márgenes y escribir sobre sus experiencias cuando pocos –sean de dentro o de fuera– sienten la necesidad de hacerlo. La movilidad social que Hoggart vivió desde dentro le enseña cómo escribir acerca de jóvenes universitarios que provienen de la clase trabajadora, para quienes “la prueba de su verdadera educación está en la capacidad que tengan, a los 25 años, de sonreírle con franqueza a su padre, de respetar a su hermana menor en su frivolidad y a su hermano no tan brillante”.

En parte, esto se debe a que el buen manejo del lenguaje, producto de la curiosidad y la educación, parece desterrar el sentimentalismo de la experiencia. Aquel que haga bailar el lenguaje a su ritmo en lugar de tener que bailar, o saltar, al ritmo impuesto por el lenguaje, va camino a la libertad. Ya no está a merced de los acontecimientos porque, si no es capaz de determinar su curso, al menos podrá controlar las consecuencias. No sólo se enfrenta a “ellos” sino que además tiene al “nosotros”, a su propia gente, que lo mantiene a raya. No es que la presión del “nosotros” lo inmovilice, sino que le indica cómo adaptarse al entorno. Si el individuo que se siente diferente aprende a incorporar las dos mitades de su experiencia en un todo integrado, no necesitará parecerse al resto.

Para las personas de la clase trabajadora, buscar la comodidad –respeto de la familia, la comida, el barrio o la recreación– es una manera de disfrutar de ciertos aspectos de una vida injustamente difícil. Para la clase media, la comodidad es una forma de incorporar mejoras a un nido que ya es confortable y seguro. Decir que alguien tiene una “vida acomodada” quiere decir que vive sin preocupaciones inmediatas, lejos de las garras de los prestamistas. Nunca decimos que los pobres llevan una “vida desacomodada”, porque sabemos que ser pobre es por naturaleza incómodo. Pero las comodidades externas tienen un límite. En un momento dado, las personas curiosas dejan de encontrarlas cómodas, y entonces buscan otras formas de lograr la paz interior. Cuando Hoggart describe la casa típica de una familia de clase trabajadora, con su revoltijo y su enérgica actividad, donde parece imposible crear el

espacio tranquilo y ordenado que un chico que ha obtenido una beca necesita para estudiar, recuerda su infancia, llena de pérdidas y presiones, y también proyecta un futuro en el que la televisión se convierte en el interlocutor del hogar.

Sólo el conocimiento de uno mismo otorga la capacidad de resistirse a la oferta de las personas que pretenden saber qué es lo mejor para uno. La transformación, la fortaleza, el diálogo: esas son las cosas que nos permiten mantener nuestra posición, participar en igualdad de condiciones con los otros y forjar nuestra propia vida en circunstancias que no hemos elegido. Si no nos conocemos a nosotros mismos, dice Hoggart, algunos van a intentar que seamos como a ellos les conviene. Sobre todo, Hoggart espera que surja una verdadera democracia, en la cual los individuos puedan reaccionar libremente ante lo que viven y lo que ven, y sean capaces de participar en un debate permanente que nos incluya a todos, no sólo a los que tienen más oportunidades de usar el micrófono de los medios masivos de comunicación. Aunque este es un libro que se ocupa de los aspectos colectivos de un grupo económico y social definido en términos amplios, la clase trabajadora del norte de Inglaterra, su espíritu preserva y promueve la posibilidad de expresión individual. En este sentido, *La cultura obrera en la sociedad de masas* es un llamado a las armas típicamente inglés, tan vigente hoy como lo ha sido siempre.

A Mary, con amor